



Universidad
Carlos III de Madrid



Documento publicado en:

La televisión digital terrestre: experiencias nacionales y diversidad en Europa, América y Asia. Luis A. Albornoz y M^a Trinidad García Leiva (editores). Buenos Aires: La Crujía, 2012. ISBN 978-987-601-154-9.

Queda prohibido cualquier uso o reproducción posterior que exceda de lo permitido por la licencia Creative Commons atribuida, si no cuenta con la autorización expresa de los titulares de derechos.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-sinderivadas 3.0 España

Prólogo

La TDT como laboratorio de tendencias y escenarios

Este libro, coordinado por Luis A. Albornoz y M^a Trinidad García Leiva, tiene varias características que lo hacen especialmente útil e importante. En primer lugar, el tema central elegido, la transición a la televisión digital por ondas (TDT), que constituye un observatorio privilegiado de las tendencias y caminos del sistema audiovisual para el futuro. En segundo término, la amplitud de su mirada global, que agrupa a muchos de los grandes Estados-nación del mundo, tres de los principales países europeos y tres grandes latinoamericanos, pero también a los Estados Unidos, pionero en lanzar el cambio digital en el mundo y campo precursor histórico de las tendencias mundiales, Japón, con su legendaria capacidad de innovación tecnológica, y China, con su especificidad político-económica. A cargo, en todos los casos, de investigadores nacionales acreditados en su trayectoria de estudio en cada país, la obra constituye, de este modo, un análisis actualizado y crítico del sistema audiovisual reinante en buena parte del mundo desarrollado, y una visión panorámica representativa en alto grado de la televisión mundial del presente y del futuro a mediano plazo.

Estas afirmaciones exigen algunas reflexiones complementarias que el conjunto de este libro evidencia cumplidamente. La digitalización de la señal de la televisión por ondas es sólo el final de un proceso de transformación tecnológica del medio, proceso que comenzó por las redes de televisión de pago, debido a su rentabilidad

inmediata, y que finalmente llegó, como sabíamos que sucedería tarde o temprano, a la televisión hertziana masiva. En algunos países que han desarrollado en forma mayoritaria otras redes (satélite, cable) se presenta como una cuestión relativamente marginal pero significativa para dibujar el sistema audiovisual. En la mayoría, en donde la televisión por ondas hertzianas conserva la primacía, se trata de un proceso esencial para toda la estructura audiovisual (incluyendo los destinos del cine y de la producción audiovisual general).

Por supuesto que, como en muchos otros campos de la comunicación y la cultura, se pueden señalar múltiples factores que actúan en su impulso. Y en la TDT son claros los intereses de la industria electrónica de consumo –como muestra la guerra mundial de estándares técnicos–, de los Estados y de los operadores de telecomunicaciones en busca de las frecuencias liberadas o dividendo digital. Pero sería un error caer en una visión conspirativa desde arriba, porque hay también una confluencia de factores sociales sin los cuales esta transformación no sería posible ni adquiriría tal expansión universal: cambios socioculturales profundos que impulsan una demanda multicanal y un estallido de las audiencias que, seguramente, el esparate de la televisión de pago multicanal ha estimulado.

El sistema clásico de pocos canales de enormes audiencias se ha ido deteriorando por múltiples vías desde hace dos décadas. Y el desarrollo de nuevas redes de distribución y plataformas de recepción no ha hecho más que presionar para el fin de este sistema heredado de la configuración política clásica de la televisión, pública y privada, en su forma de *broadcasting*. Como ocurrió en la radio hace años, la multiplicidad de espacios de distribución televisiva ha derivado en una proliferación de ofertas que se articula con una diversificación de la demanda para resultar en la fragmentación creciente de los índices de audiencia y cuotas de pantalla. Pero la digitalización trajo consigo algo más en la televisión: una transformación profunda de los sistemas de producción y de sus condiciones económicas; un cambio progresivo en la relación de los usuarios con la imagen animada en movimiento; y, por lo tanto, una seria alteración de los modelos de negocio y financiación que sustentaban a la televisión en su arquitectura clásica comercial.

Esta afirmación, válida en términos generales, ha dado lugar, sin embargo, a excesos y abusos mecanicistas de numerosos gurús y predicadores tecnologistas que vienen proclamando desde hace tiempo que la televisión había ya muerto o estaba en trance de morir en beneficio de un audiovisual absolutamente individual, interactivo e, incluso, autorrealizado por los usuarios. Pero la realidad es tozuda y lo demuestra en los datos empíricos: la penetración y el tiempo de visionado del medio en su fórmula tradicional, esto es, de punto a masas, no ha dejado de crecer en la mayor parte del mundo, aun cuando se incrementara también progresivamente la audiencia de videos en Internet y en otras redes, la mayor parte procedentes también de la televisión. Es decir, la televisión conserva su hegemonía mientras que se desarrollan otras vías de ampliación de la influencia del medio que se dibuja progresivamente como un universo complejo, multiplataforma, móvil, multicanal y multiservicios, que articulará cada vez más a la televisión masiva con Internet en fórmulas muy diversas, pero con hegemonía prolongada en el medio plazo de la primera. La televisión no se define, así, por el aparato receptor, sino en cuanto espacio masivo de producción de mensajes y como estrategia de un flujo masivo de mensajes audiovisuales integrado en múltiples redes y soportes.

Otra prueba de esta trascendencia es precisamente la sistemática y prolongada intervención de casi todos los Estados en la transición a la TDT, intervención que no deja de revelar paradojas importantes. Porque después de décadas de desregulación en cascada, cuando la mayor parte de los sistemas televisivos nacionales ha oscilado claramente hacia el polo comercial, reduciendo los recursos y las audiencias del polo de servicio público, cuando se suponía por tanto que el mercado mandaba ya claramente en la televisión, la política resurge como arquitecta fundamental del nuevo sistema televisivo digital, y los Estados revisan, rectifican y concentran en poco tiempo las decisiones que en la historia del medio se habían ido adoptando durante más de medio siglo. Por si alguien lo dudara o lo negara todavía, las herramientas de la economía política, con su visión holística de la realidad, con su desvelamiento de las articulaciones entre el pasado y el presente, entre el Estado y el mercado, la política y la economía, se evidencian como indispensables para explicar la realidad profunda de nuestro mundo comunicativo y cultural.

Este renovado papel de grandes ingenieros de los Estados, o los Gobiernos, no coincide generalmente, sin embargo, con una nueva primacía del interés general, de la democracia y sus componentes esenciales de pluralismo ideológico y diversidad creativa. Como puede verse en este volumen, a través de los distintos análisis nacionales significativos, son escasos los Gobiernos que han dado participación a los usuarios/ciudadanos, destinatarios finales de todo el proceso, y contados los que confían a las radiotelevisión públicas el papel de locomotoras de la transición digital. En cambio, abundan los que conciertan sus actuaciones con los grandes grupos privados instalados, tanto en la adopción de los estándares técnicos, en la planificación del proceso de apagón analógico, como, sobre todo, en el reparto final de las frecuencias, es decir, en la definición de la estructura básica del sistema que se instalará probablemente durante muchos años. Y habría que señalar que son legión, finalmente, los que pese a esas orientaciones destinan fondos públicos importantes a diversas formas de fomento de la transición digital, aunque los beneficios generales resulten dudosos y la hegemonía de unos pocos grandes grupos privados los sitúe como grandes favorecidos del proceso.

Junto con tales constantes, se verifica una curiosa unanimidad en las razones alegadas por los discursos oficiales para legitimar los plazos perentorios, las transiciones aceleradas y el papel estatal en ellas: la diversidad de ofertas audiovisuales, el pluralismo de voces, los beneficios para la industria de producción audiovisual y cultural en general, el acceso universal a la llamada sociedad de la información, superando las variadas brechas digitales, la promesa consiguiente de servicios interactivos inéditos... Sobrevuela a todas esas argumentaciones una pátina permanente de modernidad, de gran hazaña tecnológica que impregnaría al país, por su sola conquista de una “nueva frontera” de innovación.

Más allá de esas tendencias generales, los análisis nacionales revelan que la televisión y su sistema siguen siendo tan globales en sus tendencias como nacionales en sus aplicaciones. De forma tal que países vecinos, como los europeos, de gobiernos ideológicamente similares, con estándares técnicos iguales, e incluso mercados tele-

visivos comparables, adoptan caminos transicionales y diseñan sistemas televisivos muy diversos e incluso contrapuestos. Tradiciones regulatorias, a veces tergiversadas, conciencias ciudadanas no siempre consideradas, signo de los partidos gubernamentales no necesariamente coherentes, servicios públicos consolidados y peso de los *lobbies* televisivos en presencia –en ocasiones confrontados, publicitarios o de pago– se conjugan en cócteles muy diferentes de sabor en cada Estado-nación.

Resulta útil para este balance de arquitecturas, logradas o en curso, tener en cuenta las polaridades que han dibujado la historia de la televisión, como los roles y equilibrios –o desequilibrios– entre las cadenas de servicio público y las comerciales, entre el ciudadano o el consumidor; las articulaciones entre la economía de la publicidad o del pago por el cliente-espectador; las difíciles armonías entre las visiones centralistas y descentralizadas de la televisión; las desigualdades de poder entre productores audiovisuales y difusores, entre estos últimos y los publicitarios...

A falta de culminar el *switch off* en muchos países, y específicamente en algunos de los estudiados en este volumen, parece prematuro sacar conclusiones definitivas de tales procesos. Pero al menos en la mayoría de los países occidentales puede aventurarse, con todas las precauciones provisionales, que las grandes promesas del discurso oficial global, ciertamente declinado con tonos nacionales en muchos casos, están en claras vías de frustración, y con ellas las promesas que las potencialidades tecnológicas de la TDT podían ostentar.

En muchos países, por ejemplo, se ha privilegiado la consolidación del statu quo televisivo analógico y de sus oligopolios establecidos, en detrimento de toda ampliación del número de voces, y cuando se ha intentado bajar las barreras de entrada para contados nuevos agentes, la falta de estudios de viabilidad económica ha conducido rápidamente la situación al reforzamiento de los poderes clásicos, abiertos y de pago. Por encima del fin de la escasez tecnológica de frecuencias, se impone una visión malthusiana (pocos grupos emisores) y darwinista (la ley del más fuerte).

En la mayoría de las naciones se ha privilegiado al polo comercial, incluso aprovechando la ocasión para disminuir el peso del polo público; pero cuando inicialmente se ha intentado un mayor equilibrio, la coincidencia con la crisis económica y fiscal ha venido a frustrar las expectativas despertadas. Resultan, así, sintomáticos los casos de Portugal, amenazado ahora por la privatización radical de sus canales públicos, o de España, con promesas de la derecha triunfante de reducir el servicio público. E incluso el de la BBC en el Reino Unido, donde bajo el pretexto de la calidad y aun proclamando un récord de satisfacción de sus públicos, se lanza un plan de “ahorros” y recortes drásticos de sus costos.

En general, la Unión Europea se muestra como uno de los casos extremos de contradicción flagrante entre discursos legitimadores y actuaciones efectivas: sobre la reiteración de la trascendencia de un servicio público líder, adaptado y expandido en los soportes digitales y en sus servicios en línea, no solamente del Parlamento Europeo sino de la Unión Europea de Radiodifusión (UER) y de la propia Comisión Europea, Bruselas ha seguido una política práctica de defensa a ultranza de la neutralidad tecnológica (igualdad de trato entre redes privadas y servicios universales), y de coerción creciente contra la declinación en línea de las televisiones públicas.

En casi todos los casos, cantidad de programas no ha rimado con calidad ni con diversidad, derivando la TDT en una reiteración sin fin de las mismas ofertas de géneros, formatos y productos que ya reinaban en el paisaje analógico, e incluso en una degradación de su grado de renovación y de sus contadas espitas de innovación. Los esquemas comerciales y centralistas se han impuesto generalmente a las posibilidades que la TDT ofrecía para la televisión sin ánimo de lucro y de auténtica proximidad. Y son muy contados los países que han logrado generar una oferta atractiva de servicios interactivos que palien o complementen las carencias de sociedad de la información que todavía sufre buena parte de la población.

En fin, confrontados a las evidencias de la escasa ganancia en calidad técnica, y de los pobres resultados positivos de tal proeza, no pocos sistemas televisivos han emprendido la fuga tecnológica hacia delante: nuevas hazañas para conseguir la alta definición, la 3D, la

televisión en movilidad... una nueva frontera de geometría variable e infinita que persigue siempre hacer olvidar la frustración de las metas anteriores.

La recopilación de estudios realizada en este libro tiene, así, la virtud añadida de evidenciar la necesidad imperiosa de una mayor colaboración entre la investigación internacional en comunicación: estudios globales para unas tendencias marcadas por la comunicación-mundo; análisis comparativos para una demostración empírica de las especificidades nacionales; examen de discursos y resultados para un desvelamiento de la manipulación interesada de las tecnologías, de sus censuras y desviaciones de aplicación. La investigación crítica así orientada es a su vez imprescindible para avivar y “encardinar” una conciencia ciudadana internacional, capaz de exigir un audiovisual plural, diverso y creativo, que sigue situándose como pilar vital de la calidad de la cultura y la democracia.

Enrique Bustamante

Catedrático de Comunicación Audiovisual
Universidad Complutense de Madrid